

Identidad y Resistencia del "Criollo" en Nicaragua

Lizandro Chávez Alfaro
Ministerio de Cultura, Nicaragua

Para tener una visión íntegra de los países del istmo centroamericano se ha de incluir una característica estructural y no obstante omitida con frecuencia: son países bifrontes casi todos; mejor dicho, son así con excepción del que limita únicamente con el Océano Pacífico: El Salvador.

Murdo J. MacLeod, quien de sobra conoce su materia, constriñe su historia socio-económica a una Centroamérica hispana, consciente de que existe otra Centroamérica que poco o nada tuvo de España más allá de la pretensión de encartarla en sus dominios, persuadido de que Centroamérica fue durante siglos objeto de disputa entre dos imperios. Esa otra Centroamérica es la que mira hacia el Caribe, el mar por el que tarde o temprano llegó la mayor parte de sus antiguos pobladores. Es ámbito natural de importantes grupos indígenas, pero asimismo es patria de los "garífonas" de Honduras, los "chambos" de Panamá, los "morenos" de Costa Rica o Nicaragua, o cualquier otro mote que nosotros los ladinos centroamericanos hayamos elaborado para nombrar oblicuamente al negro, al "criollo" de la costa del Caribe. Es su patria, en sentido estrictamente cultural, porque dondequiera que vaya por esa costa,, encontrará lo suyo. Un criollo oriundo de Bluefields, Nicaragua, no tendría de extranjero más que el pasaporte al situarse en cualquier barrio negro de Tela, Honduras, de Colón, Panamá, o de Limón, Costa Rica. Tampoco sería extraño en Jamaica, Gran Caimán, Granada o Barbados. Ahí, entre los suyos, encontraría la lengua, el alimento, la música, la religión y todos los ritmos vitales con que se identifica; o sea, con toda una cultura que se plantó y creció de espalda a la otra Centroamérica, la que por boca de uno que otro de sus hijos más trasnochados, todavía llama a España su Madre Patria.

La Centroamérica del Caribe, la que fue determinada por su no hispanidad, tuvo históricamente sus dos zonas críticas en Belice, al extremo noreste del istmo, y en lo que hasta fines del siglo XIX se llamó la Mosquitia, sobre el litoral oriental de Nicaragua.

Belice, al que ninguno de los tratados con que las potencias imperialistas deslindaron sus rapiñas pudo restituirlo claramente a la

soberanía de Guatemala, ahora reclama su independencia en todos los foros internacionales.

La antigua Mosquitia, que hoy los nicaragüenses llamamos la Costa Atlántica, significó un fenómeno mucho más complejo, por su valor geopolítico, por su composición étnica, y sobre todo por la audacia con que la Revolución Liberal que triunfó en Nicaragua en 1893, supo sacar el mayor provecho de la coyuntura internacional de aquellos años.

En la Mosquitia hubo una cultura autóctona (la Miskita) que fue vilipendiada por los españoles como cualquier otra porción de la América indígena, más aún cuando no pudieron sojuzgarla; que fue instrumentalizada por los ingleses al grado de crear internamente una rara clase de simbiosis, y que los gobiernos de la oligarquía nicaragüense sumieron en los horrores de la sobreexplotación.

Con los ingleses en funciones de vehículo histórico, se introdujo en la Mosquitia ese otro factor cultural que aquí nos interesa delinear por lo menos en sus principales rasgos: el negro mudado y transmudado del África a las Antillas, y de éstas a la Mosquitia.

Por supuesto que no fue la única ruta ni el único destino de la inmigración forzosa de hombres y mujeres negras hacia Nicaragua. Tantos o más que a la Costa Atlántica llegaron a servir amos españoles establecidos en las cómodas planicies del Pacífico. La diferencia consistió en que aquí el modo de dominación española los diluyó biológica y culturalmente, en tanto que allá, el modo de dominación inglesa los preservó en la medida conveniente al cumplimiento de la misión que el colonizador les asignaba.

Es precisamente esa aparente integridad cultural, la preservada por el modo de dominación inglesa, la que en principio definió la condición de "criollo". A nadie se le hubiera ocurrido llamarle criollo a un negro de Granada, situado en la cara hispana de Nicaragua, y por tanto definitivamente asimilado a los valores del ladino; ni es concebible que este negro asimilado a su contexto ladino hubiera tenido afinidad alguna con aquel otro de condición criolla. El sistema que los arrebató, también los condicionó para que funcionaran—cada uno en su esfera—a la medida exacta de la modalidad de explotación que se los había apropiado. En la práctica, el sistema había negado rotundamente la supuesta permanencia de un vínculo racial, y mostraba que ser negro en Nicaragua, tener mayor o menor grado de ascendencia africana, no bastaba para ser criollo. Entonces, si no era suficiente el elemento étnico en rigor, ¿qué era, qué es el criollo?

De inicio, la simplificación nos lleva a formular que el criollo es fundamentalmente de ascendencia africana, protestante y de habla inglesa. En otras palabras, fue el producto de una esfera de influencia económica en la que sin remedio habría de adoptar esas características.

Para comprender cómo llegó a ser criollo, mejor dicho, cómo hizo su aparición en Nicaragua, habrá que acercarse un poco a los hechos, asomarse siquiera a cierta cronología que fue definiendo el curso de su

instalación en nuestra realidad.

La grave dificultad para conocer lo que fue ese proceso de "criollización", radica en la evidente parcialidad de casi todas las fuentes hasta ahora disponibles en lo que toca a la interpretación de los hechos. Los cronistas ingleses y sus descendientes se interesaban en exaltar los beneficios de la influencia británica, como es el caso de Bedford Pim, cuando en *The Gate of the Pacific* nos ofrece una imagen sonrosada de lo que eran el Rey Mosquito y su reino. Los enviados norteamericanos tenían por misión demostrar el fracaso de todos los colonizadores que les hubieran antecedido, y es así que en *Adventures on the Mosquito Shore*, Ephraim G. Squier se deleita en epítetos como "brutales" para describir a los "sambos". Para los historiadores de la muy hispana provincia de Nicaragua, herederos del odio engendrado por la impotencia para gobernar aquella parte de la nación—José Dolores Gámez, sobre todos—no vieron más que usurpadores y tribus errantes desafiando su poder.

A mi entender, los hechos vertebrales son estos:

La primera empresa británica vertida sobre la Costa Atlántica de Nicaragua, data de la primera mitad del siglo XVII. Fue una expedición comercial despachada en 1633 por la Providence Company, cuyo principal accionista era el Conde de Warwick. Phillip Bell, Gobernador de la isla de Providencia, para entonces convertida en colonia británica, encomendó la expedición al Capitán Sussex Cammock, quien se acercó a Cabo Gracias a Dios, en la desembocadura del Río Coco, con varias balandras cargadas de telas, chaquiras y otras chucherías. Troy S. Floyd, en su obra *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*, tiene razones para creer que Cammock iba acompañado de dos holandeses: William y Abraham Blauvelt, y atribuye a este último la conquistadora galantería de haber dado su nombre, en forma anglicanizada, al puerto de Bluefields, en Nicaragua, y a una bahía de Jamaica en la que más tarde ancló sus naves. Lo que importa deducir de este dato es, primero, que en 1633 se inauguró la ocupación de la Costa de los Mosquitos por parte de los intereses británicos; después, que a partir de ese año surgieron a lo largo de la Costa pequeñas colonias compuestas de algunos blancos y numerosos negros e indios, con los que se emprendieron trabajos para extraer maderas preciosas, maderas tintóreas, raíz de zarzaparrilla, y para cultivar la caña de azúcar y el añil; por último, que la operación de Cammock no se redujo al trueque de bisutería por Carey o cualquier otro producto que los sumos de Cabo Gracias a Dios estuvieron en capacidad de ofrecer, sino que comprendió una medida de penetración de largo alcance: la inmediata educación de un futuro jefe. El historiador criollo, Donnavan Brautigam Beer consigna en sus *Apuntes para una historia de nuestra Costa Atlántica*, que después de ganarse la confianza de los autóctonos, sin perder tiempo, Cammock envió al hijo de uno de los gobernantes a la metrópoli, para que al lado del Conde de Warwick—presidente de la Providence Company—aprendiera las dulzuras de la vida inglesa. Regresó de Londres al cabo de dos años, y cuando a su tiempo tomó el poder, fue el primero en solicitar para su pueblo la protección de la

Corona Británica.

Se ignora si ésta y las sucesivas peticiones de protección dirigadas a los reyes ingleses fueron correspondidas de monarquía a monarquía. Lo cierto es que la relación entre la Costa de los Mosquitos y Jamaica fue en acelerado ascenso, y fue ahí donde en 1687 se coronó al primer Rey de los Mosquitos: Jeremías I. La ceremonia, presidida por el Duque de Albemarle—de la que ha habido mofa y escarnio en todos los tiempos—tuvo lugar precisamente en Spanish Town, Jamaica.

Por Jamaica pasaba el incesante flujo de inmigrantes que iba a poblar los crecientes asentamientos de la Costa: Cabo Gracias a Dios, Tuapí, Sandy Bay, Bragman's Bluff, Pearl Lagoon, Bluefields, Corn Island, Punta Gorda y Río Maíz. Y al afianzamiento de cada colonizador le seguía el grupo mayor o menor de esclavos, la mano de obra para intensificar los cortes de madera o para ampliar el contrabando, que practicado en connivencia con los españoles de la provincia de Nicaragua, representaba un valioso tráfico de mercancías y productos agropecuarios.

Sin duda el más activo de los contrabandistas ingleses, y por tanto pieza clave para el progreso de la penetración inglesa en la Costa de los Mosquitos, fue William Pitt (Guillermo Piche para los españoles). Estuvo situado en la Costa norte de Honduras, aguas arriba del Río Tinto, desde donde amasó un capital representado por cañaverales que se extendían cincuenta millas sobre las riberas del Río Tinto, por extensos cortes de madera, enormes hatos de ganado, una regular flotilla de naves con las que exportaba sus productos a Jamaica, Nueva York, Londres; un emporio, en fin, que para 1740 tenía cuatrocientos esclavos negros.¹

Eminente impulsor del contrabando fue el gobernador de Jamaica, Edward Trelawney. Poco después de estallar una más de las guerras anglo-hispanas, la de la Oreja de Jenkins (apellido del marino inglés a quien un oficial de guardacosta español había desorejado), Trelawney decidió asir más firme y abiertamente la Costa de los Mosquitos, para lo cual despachó desde Jamaica al Capitán Robert Hodgson, yerno de William Pitt, y en abril de 1740 la bandera británica fue izada en Río Tinto y Sandy Bay, declarando súbditos británicos a todos los nativos del territorio, que menos de dos décadas después tenía una población de 1,500 blancos, 4,500 esclavos negros, y unos 10,000 miskitos y zambos.

Con no menos energía avanzaba el idioma inglés, trabajando día a día en la demolición de las lenguas africanas traídas por los esclavos, creando el código de dominación. Como en todo proceso de sometimiento integral, lo que se iba suprimiendo eran las lenguas del dominado para sustituirlas con la lengua del dominador. Por qué y cómo resistieron el embate algunas lenguas indígenas, en tanto que las africanas fueron finalmente aniquiladas? Esto sería materia a estudiar por aparte. Parecería tarea imposible reducir a la inanición y el deceso un patrimonio intangible como es el habla madre. Sin embargo, el avasallamiento de todos los tiempos lo ha logrado. Ahora mismo, nosotros los nicaragüenses asistimos a la muerte de la lengua Rama.

Más fácil aún ha de haber sido la muerte y transmigración de tantas lenguas africanas que sin duda se oyeron en todo el Caribe, y por tanto en la Costa Atlántica de Nicaragua. Digo transmigración porque de ellas quedaron numerosos atributos que siguen resonando en el inglés criollo que las absorbió. Y resuenan con tanta realidad que para el oído extraño son la negación de un exquisito idioma europeo, y para los racistas, soñ, simple y llanamente, las marcas de la inferioridad. Sin embargo, por encima de los remilgos de cualquier estragado academicista, el inglés criollo, tan impuesto como transformado por quienes lo asumieron hasta apropiárselo, es ahora intrínseco a una identidad, y vive con tanta creatividad como cualquier otro de los idiomas que en América plantaron los colonizadores.

La escandalizada reacción que suele verse en esos puristas, recuerda el susto y la repugnancia con que los primeros misioneros anglicanos vieron el recibimiento que les ofrecía el pueblo de Bluefields allá por 1833. Al anunciarse la llegada de dos santos hombres que venían a dar servicio religioso, la población entera se lanzó a la calle para recibirlos con tambores, danzas y cantos africanos. Los horrorizados misioneros, talvez respondiendo a un exorcismo con otro, lanzaron polvo sobre la concurrencia que, insumisa, contestó aventándoles palos a la cabeza. Dieciseis años después, los criollos de Bluefields repitieron el recibimiento a los Hermanos Mora, dos enviados desde Jamaica, quienes más experimentados en trabajos de evangelización, no sólo aceptaron la fiesta sino que se incorporaron a ella tocando los tambores hasta el final, para pronunciar su primer sermón ante un pueblo agotado por la sorpresa.²

Eran dos miembros de "Unitas Fratrum" de Herrnhut, organización religiosa alemana con exitosos antecedentes de evangelizadora ganados en Norteamérica y las Antillas. Con la decidida protección del cónsul inglés en la Costa de los Mosquitos, Patrick Walker, y por tanto de su pupilo, el entonces adolescente Rey de los Mosquitos, George William, los moravos iniciaron una intensa labor que resultó determinante para el desarrollo de la idiosincracia del criollo. Por el carácter del recibimiento que el pueblo de Bluefields—capital de la Costa y principal asiento de los habitantes criollos—le dio a los misioneros en 1833 y en 1849, cabe soñar que aún no estaban muy definidas las dimensiones que imprimirían la religión y el idioma.

Es cierto que gran parte de la población criolla procedía de otras colonias inglesas del Caribe mejor configuradas, pero era una población en la que predominaban los analfabetos, emancipados apenas en 1841, en un medio donde el idioma aún no terminaba de institucionalizarse como bien cultural, y el cristianismo era todavía un culto extraño esporádicamente oficiado por espontáneos o por capitanes de la marina británica de paso por esa región. Y ésta fue la doble tarea entusiastamente emprendida por los misioneros moravos: diseminar el mensaje bíblico y fijar el idioma inglés a través de la escolarización. En el término de una década ya habían fundado cinco iglesias con sus respectivas escuelas,

estratégicamente situadas a todo lo largo de la Costa.

Es probable que el grado de escolaridad alcanzado por los criollos acelerara su ascenso político y fuera factor importante en la creciente estima que merecieron de los agentes ingleses a quienes servían, y que a su vez influyera en su consecución de posiciones de poder, al competir por ellas con los súbditos de origen miskito. Para 1860, cuando se firmó el tratado de Managua entre el Gobierno de Nicaragua y el de Gran Bretaña, ya principiaba a cambiar la composición de la corte mosquita en favor de los criollos.

El tratado de Managua, por el que teóricamente cesaba el protectorado inglés en la Costa, fue procreado por el Tratado Clayton-Bulwer, según el cual, las altas partes contrastantes, los Estados Unidos e Inglaterra, decidían el destino de Nicaragua sin participación alguna de los nicaragüenses. El tratado de Managua (1860) reproducía el Tratado Clayton-Bulwer (1850), en la medida que afirmaba implícitamente la hegemonía norteamericana en este continente, y más todavía, porque las altas partes contratantes, Nicaragua y Gran Bretaña, en un acto de colonialismo reflejo, apenas consideraban a los indios y criollos que habitaban la Costa, como objetos del documento.

Es notable cómo persiste este colonialismo reflejo a través de los sucesivos gobiernos oligárquicos de Nicaragua, y que por supuesto acentuó progresivamente el descontento y la enajenación de los criollos con respecto a la otra parte de Nicaragua.

Fueron constantes las quejas del gobierno Mosquito ante la Corona Británica por los maltratos que a la menor oportunidad infligían los habitantes del Pacífico sobre los del Atlántico, ya que a pesar del Tratado que los había reducido a una Reserva colocada bajo la soberanía de Nicaragua, tenían razones prácticas de sobra para seguir sintiéndose súbditos británicos.

Cuando se produjo lo que en la historia de Nicaragua se conoce como la Reincorporación de la Mosquitia (1894), los criollos estaban ya en plena posesión del gobierno de la Costa, rodeando al Rey Mosquito, Robert Henry Clarence, en calidad de figura decorativa, siendo ellos—los criollos aliados de los poderosos comerciantes extranjeros—quienes ejecutaban los designios de los representantes del colonialismo inglés y el pujante neocolonialismo norteamericano.

Todo ese poder de intermediarios ganado por los criollos se vino abajo estrepitosamente al ser sustituidos por la burguesía nicaragüense, que con la dirección de los liberales supo aprovechar la coyuntura internacional de finales del siglo XIX.

En este marco, la Reincorporación de la Mosquitia, iniciada como un acto legal de defensa de la soberanía nicaragüense, razonado en el decreto del 12 de febrero de 1894, en realidad no se consumó hasta el 1º de Agosto de ese año, cuando las fuerzas armadas del Presidente Zelaya ocuparon Bluefields, con la anuencia de ingleses y norteamericanos, representados allí no por agentes diplomáticos, sino por los capitanes de dos buques de

guerra: el *Marblehead*, de los Estados Unidos, capitaneado por Charles O'Neil, y el *Cleopatra*, de Inglaterra, capitaneado por Curzon Howe.

Son estos capitanes los que instruyen a sus connacionales para que no sigan apoyando a los criollos en su airada protesta contra la Reincorporación, por la que se veían forzados a unirse a un país con el cual, si algún remedo de vínculo habían tenido, era enteramente negativo, descendiente de todos los prejuicios imaginables.

El momento de la Reincorporación de la Mosquitia fue profundamente traumático para ellos, que creyendo contar con el apoyo de los comerciantes norteamericanos, se lanzaron a una rebelión armada tristemente disuelta. Con unos mil rifles y dos cañones a su disposición, y con el ánimo levantado en toda la población que había convergido en Bluefields (que por entonces oscilaba entre 3,500 y 4000 habitantes mayoritariamente criollos), el 5 de agosto de 1894 asaltaron los cuarteles y reinstalaron al Rey Robert Henry Clarence y su Consejo de Gobierno, pensando ya en convertir la Costa en una colonia norteamericana puesto que la historia les negaba continuar bajo la protección británica. El movimiento fue sofocado en menos de un mes, y los cabecillas confinados a las ciudades interiores de Masaya, León y Chinandega.³

Lo que en aquella coyuntura no percibieron los criollos ni los protagonistas liberales, fue que estaban viviendo un crudo efecto del reacomodamiento de la correlación de fuerzas externas.

La Reincorporación de la Mosquitia era, en verdad, un acto de traspaso del colonialismo británico al neocolonialismo norteamericano. Sirvan de ilustración estos datos:

El 29 de octubre de 1894 se instaló el primer Consejo Municipal de Bluefields, encabezado por dos extranjeros: J. Weinberger como Alcalde, y Samuel J. Weill como primer regidor. Fue el agente consular de los Estados Unidos en Bluefields quien certificó las firmas de Weinberger y Weill estampadas en los decretos de reincorporación. En la ceremonia de juramento de la Carta Fundamental de Nicaragua e instalación del nuevo municipio, se destacaba la presencia de los inversionistas norteamericanos, y el verdadero protagonista era el capitán O'Neil (U.S. Navy Commander), cuya fragata saludó con 21 cañonazos la promulgación en Bluefields de la Constitución nicaragüense puesta al servicio de una nueva dependencia que fue bienvenida por la oligarquía nicaragüense, aun cuando después haya tenido un gesto de repugnancia que dio por resultado la caída del Presidente José Santos Zelaya.

Por supuesto que en ese flamante Consejo Municipal los criollos quedaron totalmente excluidos, como perfecta representación de su futura marginalidad social, económica y política. Quedaron sometidos a un contexto que les exigió sumergirse en la casi clandestinidad cultural, armados de una pertinaz resistencia a asimilarse a un sistema que nunca les dio cabida como factor productivo y mucho menos como realidad cultural definida por sus propios orígenes.

Ni criollos ni miskitos tuvieron en adelante participación alguna en

los asuntos concernientes al territorio reincorporado. Hasta la renominación de ese nuevo Departamento de Nicaragua les fue totalmente ajena. Por servilismo de los correligionarios de Zelaya o por un gesto de vanagloria, característico de una clase social tan autocomplaciente, se le impuso al Departamento precisamente el nombre de Zelaya. La Convención Mosquita (compuesta por 80 obedientes delegados de unas veinte comunidades indígenas) utilizada para tal efecto, fue la misma que emitió un decreto de reincorporación bien concebido en su texto, pero sin ninguna validez en la práctica.

Es por demás revelador el documento que con el título de *Exposición de los Costeños*, dirigieron en 1925 los criollos de Bluefields al Presidente en turno, quien en un típico vicio de esas fraudulentas campañas electoreras tan caras a los oligarcas de todo el continente, les había prometido sacarlos de la pobreza con los mágicos toques de la democracia formal, si se organizaban para apoyarlo. En el primer párrafo de la introducción al documento le decían: "Excelencia:

Nosotros, los suscritos, nativos y ciudadanos de la República, muy respetuosamente exponemos ante vos la condición de abandono y descuido que prevalece en esta muy importante sección de la patria, conocida como la Costa Atlántica. Esta condición ha sido tan marcada y obvia, especialmente durante los quince años que comenzaron desde la triunfante Revolución de Octubre de 1909, que ha llegado a ser materia de observación y comentario, como cosa de maravillarse, tanto de parte de extranjeros como por ciudadanos de otras secciones de la República. Este comentario ha alcanzado a veces la forma de verdadero asombro a la pasividad con que los nativos y residentes de la Costa se han sometido al groseramente injusto trato recibido por ellos, de los que se hallan al frente de la cosa pública, quienes, según se ve, cualquiera que sea su divergencia en otros asuntos políticos, todos participan de la idea que la Costa Atlántica es una provincia conquistada y desafecta, que debe ser gobernada con mano de hierro y obligada a pagar tributo."⁴

Antes todavía, fue sintomático que los dos gobernadores o intendentes del Departamento de Zelaya (Juan Pablo Reyes y Juan Estrada) que por razones personales o por un elemental grado de comprensión de lo que querían gobernar, intentaron aplicar la cláusula de la Convención Mosquita que estipulaba la reinversión de las rentas de la región en su propio beneficio, fueron primero objeto de sospechas, y después lamentables protagonistas de revueltas manipuladas por otros intereses.

Desde su condición de marginados, los criollos veían estas revueltas a una distancia mental inmensa, desprovistos de cualquier vínculo que los ligara al acontecer nacional. Como todos los marginados de la tierra, eran extranjeros en su propia tierra. Tan extranjeros, que al estallar la revuelta libero-conservadora de 1909-1910, centrada en Bluefields, la facción insurrecta tuvo que amenazarlos con un decreto que los conminaba a empuñar las armas o sufrir las consecuencias de ser extranjeros perniciosos,⁵ y tuvieron que hundirse en el lodo de las trincheras que rodeaban Bluefields y arriesgar la vida por una causa que en nada les incumbía, para poder seguir habitando su ciudad.⁶

La siguiente revuelta libero-conservadora de 1926 también estalló en Bluefields y convirtió en campos de batalla distintos puntos de la Costa Atlántica, sin que la población criolla se inmiscuyera en los movimientos de uno u otro bando, o sea, resistiéndose a identificarse con la otra cara de Nicaragua, manteniendo su tradicional lejanía de los *españoles*, que es como suelen los criollos llamar a los ladinos, en una rezagada evocación de los siglos en que los verdaderos españoles eran los jurados enemigos de los verdaderos ingleses que penetraron Nicaragua por el Caribe.

Si las guerras escenificadas en sus propias poblaciones fueron insuficientes para conmovierlos, mucho menos podría afectarlos la lucha de Sandino contra las fuerzas invasoras norteamericanas, combatidas por el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional en una guerra de guerrillas que encontró su ámbito natural en las montañas del norte y el centro de Nicaragua, y en la cuenca del Río Coco, muy lejos de sus asientos urbanos.

Después vino el largo y corrupto y sangriento período de la dictadura somocista, con su explotación acrecentada, sus dádivas, sus prebendas, sus proyectos millonarios para que la exacción y el robo de los esbirros fuera millonario, su pesado manto de inmundicia impuesto a todo el pueblo de Nicaragua sin excepción, y finalmente roto en pedazos y sepultado por el triunfo de la Revolución Popular Sandinista el 19 de julio de 1979.

Si alguna vez puede la población criolla realizarse como factor cultural, es ahora, cuando el proyecto social de la Revolución ha sentado las bases para la franca participación en todos los órdenes, para que la unidad nacional sea una verdad palpable y no un demagógico recurso, para trocar la apatía en esperanza, la negligencia en participación.

En la patria revolucionada que hoy tenemos es reconocido que son tres nuestras lenguas nacionales: el español, el miskito y el inglés criollo. Uno de los primeros y firmes pasos que se dieron en nuestro primer año de vida nueva fue la Cruzada de Alfabetización, cuya primera etapa se concluyó en español, se ha iniciado en miskito y está por empezar en inglés criollo; tarea esta última que ofrecerá mucho menos problemas numéricos, ya que por obra de las escuelas moravas, la población criolla es la de más bajo índice de analfabetismo.

Recientemente la contrarrevolución pudo causar disturbios entre la población de Bluefields, sacando provecho de esa resistencia criolla llevada hasta el punto de la casi voluntaria desinformación sobre lo que acontece en el resto del país. De la conmoción salieron enriquecidos de experiencia tanto la población blufilense como el Frente Sandinista de Liberación Nacional; emergieron fortalecidos por el mutuo aprendizaje. Así se van construyendo los cimientos de la integración, en la que todo el pueblo trabajador podrá realizarse, y los criollos serán tan nicaragüenses como Nicaragua es parte viva de la cuenca cultural que unifica el Caribe, donde un día próximo, en virtud de una comunidad orgánicamente desenvuelta, los caribeños cumpliremos plenamente nuestro destino. En ese concierto, habrá que oír la voz clara y melodiosa de los criollos en una Nicaragua libre.